

la de 1851, la que selló la escisión entre elites y pueblo liberales, escisión que culminó con la organización de una revolución artesano-militar, en 1854. Además, no se debe olvidar que las prácticas asociativas promovidas por el liberalismo esbozaron, muy rápidamente, las escisiones entre el pueblo liberal y el notablató con la aparición, en varios lugares, de dos *Sociedades Democráticas*, como sucedió en algunos distritos de Bolívar, Cauca y Santander.

Un libro dedicado a estas tres guerras es, de todos modos, un acierto; porque, si examinamos más detalladamente, a pesar de que cada episodio bélico señale una ruptura, también cada guerra señala una continuidad, por ejemplo, en la conformación de un personal político, en la formación de identidades partidistas, en el nacimiento de sociabilidades políticas. Como bien lo explican las autoras, terminada la guerra de los Supremos, una de las prioridades de las elites era recuperar el control perdido sobre los negros, sobre los indios y sobre las nuevas generaciones de políticos. Las dos guerras siguientes muestran que esos negros e indios se consolidaron con prácticas asociativas y fueron definiendo sus identidades políticas, mientras que una nueva elite intentaba asumir el control de los procesos de representación política e incursionaba en la política armada, verbigracia la generación de los *gólgotas*. Dicho de otro modo, en esas tres guerras se consolida un personal político que va a estar presente en las confrontaciones que tendrán punto culminante en el triunfo de la Regeneración. Por eso, este libro me parece una primera parte de un estudio más general sobre las guerras del siglo XIX; supongo que este mismo equipo de investigadores de Antioquia nos va a presentar los estudios complementarios sobre las guerras de 1860, los motines locales del régimen radical, la guerra "religiosa" de 1876 y la guerra de 1885 que sella el triunfo de la república católica.

Es probable que el énfasis en el aspecto retórico de las guerras desplaza el interés acerca de cómo se organizaba una guerra; acerca de

cómo se reclutaba el personal militar. Sin embargo, un examen de la retórica de las guerras tendría que incluir, necesariamente, cómo se conversaba durante las guerras; la lectura de la correspondencia de los jefes militares de las guerras civiles podría brindar luces sobre cómo se fabricaba una red de relaciones y de fidelidades; cómo se analizaban y castigaban los errores tácticos, las desercciones, las sospechas de traición. Cómo funcionaba el factor clientelista; cómo eran las relaciones del caudillo con un personal político local que, en los preparativos bélicos, garantizaba fidelidades militares.

Este libro será, a pesar de su mediocre variedad de fuentes primarias, una guía para los estudios de historia política y social de Colombia del siglo XIX; a pesar de sus defectos, es un avance luego del vacío prolongado de la historiografía colombiana sobre este tema.

GILBERTO LOAIZA CANO

## La importancia de las memorias

**Vida cotidiana, viajes y política en Antioquia y Caldas.**

**Mis memorias, Justiniano Macía Vélez, 1866-1955**

*Germán Ferro Medina (investigador)*  
Universidad de los Andes,  
Facultad de Ciencias Sociales,  
Departamento de Historia,  
Centro de Estudios Socioculturales  
e Internacionales (Ceso), Bogotá,  
2005. 556 págs.

Manizales es una ciudad fea, peligrosa y mal hecha como casi todas las ciudades colombianas. El mal gusto de la elite caldense es bastante visible desde que uno llega a esa ciudad. La estatuilla de un torero y un toro deformes situada en una de las entradas es prueba irrefutable de ese mal gusto tan caldense. Después de la destrucción del antiguo parque Olaya Herrera, para darle espacio a

su majestad el automóvil, puede hablarse de un proceso de degradación de una ciudad que ofrecía, y sigue ofreciendo, un impacto visual al recién llegado por su topografía casi aérea. Con una elite más responsable y soñadora, Manizales habría sido una ciudad pionera en materia arquitectónica y en servicios de transporte público. Y también con una elite más organizada y respetuosa de sus orígenes, la ciudad ya tendría archivos y bibliotecas que correspondieran con su carácter, más publicitario que real, de una ciudad universitaria. La conservadora capital de Caldas ha cumplido con la triste paradoja de no conservar cuidadosamente las huellas de su pasado; como nunca hubo un espacio digno para un archivo histórico o para una biblioteca municipal —las bonanzas cafeteras poco sirvieron para mejorar la infraestructura institucional de la cultura—, el único y fácil recurso fue quemar las estorbosas colecciones de prensa. Por eso, para recorrer los fines del siglo XIX y comienzos del XX en la historia de lo que fue el Gran Caldas, el investigador social ha tenido que contentarse con los fragmentos de colecciones que se conservan en las bibliotecas de Bogotá. Habría que hurgar en los libros clásicos de Paul Ricoeur y Maurice Halbwachs para entender cómo estas sociedades que producen y adoran toreros, curas y políticos de derecha tienen al tiempo tan enorme capacidad de olvido: cómo se pasa de bailar tangos, algo que parecía ser parte de la identidad del manizaleño, a bailar vallenatos, por ejemplo.



Por todo eso, haber recuperado y publicado las memorias de Justiniano Macía Vélez es un síntoma revelador. Es un sacudimiento del letargo. Primero, revela que en esa

región o sobre esa región se puede hacer algo, intelectualmente hablando, sin la sombra devoradora de Otto Morales Benítez; segundo, también revela que hay una voluntad de renovación en la mirada que estimula la búsqueda de estas fuentes “escondidas”. El interés cada vez más sistemático por escribir o presentar memorias individuales y colectivas, por recuperar diarios y autobiografías tiene que terminar por ofrecernos estas obras.

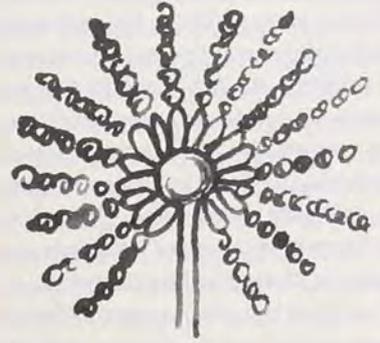


Ahora bien, hay que precisar que la reunión y publicación de estas memorias también se debe, sin duda, a que el investigador guarda un parentesco con el ya lejano autor. Reconocemos que ese aspecto ha sido tratado con mucha discreción en esta obra e incluso podría pasar inadvertido. Por eso me parece que el libro que presenta el investigador Germán Ferro es generoso y organizado. Aunque Ferro advierte que estas *Memorias* no han sido sometidas a ninguna enmienda, adición o supresión, podemos decir que se trata de un texto bien acompañado. En efecto, el apéndice es voluminoso y de mucha utilidad no sólo para entender la trayectoria vital de Justiniano Macía: hay unos mapas que ilustran o recuerdan las diferentes trayectorias vitales que cumplió el personaje con su familia; hay una cronología comparada casi exhaustiva y muy bien ilustrada; hay un índice onomástico que me ha hecho pensar por qué diablos el señor Macía no se acordó, o extrañamente no conoció, al periodista Luis Tejada, y por qué apenas si mencio-

na al ingeniero Carlos de la Cuesta, quienes fueron colaboradores de su periódico *Renacimiento*. Algunas pequeñas descripciones que forman parte de ese índice me parecen incompletas y, por tanto, inexactas; por ejemplo, definir a Camilo A. Echeverry como a alguien que escandalizó a la sociedad de su tiempo me parece exagerado. Fue un liberal radical y anticlerical que luego regresó al catolicismo y adhirió al proyecto de la Regeneración. La semblanza de un escritor tan del terruño caldense, como Adel —y no Abel— López Gómez es nula de solemnidad. Es muchísimo más curioso —increíble— que en estas memorias de un político conservador que vivió entre Medellín, Manizales y Bogotá no se le haya atravesado ni en la vida ni en sus recuerdos un dirigente político tan característico como el señor Silvio Villegas, y parece que ninguno de los famosos *Leopardos*. Es posible que la limitación cronológica de las memorias explique esa y otras ausencias. En todo caso, para 1929, año en que se cierran estas memorias, ya era evidente el impacto nacional de la juventud conservadora.

El prólogo de Ferro es, quizá, demasiado breve; logra indicar que el relato de Macía Vélez va de 1866 a 1929, pero poco afirma acerca de la voluntad del autor por decidirse a escribir estas memorias en 1949; tantas cosas que puede insinuarnos ese dato como “lugar” temporal de producción de esa escritura. Porque Justiniano Macía comenzó a escribir bajo la sombra del asesinato de Gaitán y de la intensificación de la violencia política. La edad del autor, 84 años, y el momento, 1949, son dos factores que, a mi modo de ver, determinan hondamente los sesgos que pueda haber en esta voluntad o capacidad de recuerdo. Creo que el prologuista debió haberse detenido un poco más en estos aspectos y así podríamos haber entendido los olvidos y omisiones, entre inconscientes y voluntarios, del señor Macía Vélez. De todos modos, habría sido interesante conocer la visión de este abogado y periodista conservador en

torno a la violencia política de la década de 1940, más aún si la lectura de estas memorias nos aseguran que estamos ante un evidente admirador y seguidor de los presidentes Pedro Nel Ospina y Mariano Ospina Pérez. Esa parte de sus incompletas memorias quedó debiéndolas el señor Macía.



Ahora bien, el investigador Ferro acierta en afirmar que estas memorias van a contribuir en información acerca de lo que podríamos llamar la cultura regional, sobre la vida privada y cotidiana. También es un acierto la caracterización inicial del autor de las memorias como “un hombre medio”. Tal vez podríamos ampliar la caracterización diciendo que se trata de un político intermedio que formaba parte de una red de relaciones en que él cumplía el papel de intermediario entre la política nacional y la realidad local. La trayectoria de Macía es muy semejante a la de los abogados de pueblo, a la de los burócratas locales que cumplían la labor de agentes de transmisión de la “política nacional” para adaptarla a las preocupaciones aldeanas. Fue juez en varios municipios de Antioquia, alcalde de Medellín, periodista en Manizales, funcionario público en Bogotá, cónsul en varios países de Europa. Hasta donde llegan estas memorias, puede vislumbrarse un individuo que cumplió con toda naturalidad el doble papel de ciudadano y soldado; pasó de ser juez a ser militar en tiempos de guerras civiles. El capítulo más interesante sobre esa capacidad de intermediación es aquel dedicado a la fundación y funcionamiento

de Renacimiento, en Manizales. Allí plasma un apasionante retrato del periodista que integra el mundo a la vida local: traduce novelas o reportajes; recorta noticias internacionales; paga corresponsales en varias ciudades. Lástima que no se haya detenido mucho a recrear las relaciones con sus artesanos en el taller de impresión; la mención, por ejemplo, del destacado impresor Arturo Zapata es expeditiva. Sin embargo, es muy interesante que la muerte de Renacimiento haya tenido que ver con la aparición de otros periódicos que compitieron por un mercado de lectores que antes le pertenecía casi en exclusiva en la ciudad. Hasta donde logran llegar estas memorias, se dibuja a un empresario derrotado en Manizales que viaja con su taller de imprenta a Bogotá en búsqueda de mejor fortuna y que parece encontrarla medrando en puestos menores del Estado.

El inicio de estas memorias puede hacernos pensar que, de inmediato, el señor Macía no quería dejar duda de su inscripción partidista en el conservatismo; la figura del padre como depositario de esa tradición explica que el comienzo del libro presente las anécdotas suficientes acerca de "cómo era mi padre". Precisamente, en estas primeras narraciones el autor nos recrea, a su modo, el ambiente político antioqueño durante el largo dominio conservador antes de la guerra civil de 1876 y los frecuentes enfrentamientos pueblerinos entre "godos" y liberales después de 1877. Queda claro desde los primeros capítulos que estamos ante un conservador antioqueño que llega a Manizales arrastrado por las pugnas partidistas que antecedieron el triunfo del proyecto político de la Regeneración; pugnas partidistas que, además, tuvieron expresiones dramáticas en la vida pueblerina.

A propósito, el comienzo de estas *Memorias* me recuerda varias escritas por personalidades políticas de nuestro siglo XIX, especialmente el influjo femenino que impulsa la escritura de las memorias. En José María Samper, por ejemplo, fueron

su esposa y sus hijas las que lo animaron a escribir su *Historia de una alma* y organizar el legajo de sus nombramientos oficiales y no oficiales que terminaron guardados en el Archivo de la Academia de Historia. En todo caso, "no burlar los deseos de mi hija" pareció ser el propósito más inmediato del anciano autor de estas memorias.



Alguien decía que las memorias, a diferencia de las autobiografías, se sitúan más claramente en el nivel de los acontecimientos externos; quien las escribe prefiere recrear esos hechos que rodearon su existencia. Mientras tanto, la autobiografía es una escritura que recrea con mayor detalle lo íntimo, la vida interior. Leyendo estas *Memorias* parece confirmarse esa separación, aunque no puede soslayarse que don Justiniano Macía Vélez navega en muchas ocasiones en ambas aguas; además, dicen los entendidos, es infructuosa una diferenciación tajante entre la autobiografía y las memorias. Ahora bien, las memorias son un tipo de fuente documental muy particular para los historiadores y demás científicos sociales. Producen, como muchas otras fuentes, una necesaria desconfianza porque, al fin y al cabo, se está al frente de un ejercicio de reconstitución de sí mismo, de representación, de explicación y de expiación que puede ocultar o magnificar muchas cosas. Es, además, una evidente justificación de una trayectoria vital a la cual se le otorga un sentido. De ese modo, su valor se vuelve muy relativo, pero

relativo en el sentido de que se trata de un aporte microcósmico que tendrá que saber ponderar el historiador o cualquier otro investigador.

Lamento que el señor Macía haya comenzado tan tarde a escribir sus memorias y que no le haya alcanzado la vida para llegar cronológicamente más lejos; que a esa hora de la vida ya hubiese olvidado anécdotas, nombres, rastros y rostros. Lamento mucho que se haya perdido el ensayo que él dice que escribió sobre el interesante caso de lesbianismo que conoció entre Heliconia y Jericó; de todos modos, el breve relato del señor Macía deja ver la moral pacata predominante, muy propia del espíritu regeneracionista, que evaluaba aquellas conductas como perversiones. Lamento también que su testamento político escrito luego del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, si acaso se conserva, no haya sido incorporado a este libro. Pero aunque las lagunas del olvido acaparen este libro de memorias, no puede negarse que estamos ante un aporte valioso para conocer detalles de la vida privada y pública, de la política menuda local y más particularmente del proceso de expansión de familias de notables antioqueños que terminaron por encontrar refugio en Bogotá y en los puestos del Estado.

GILBERTO LOAIZA CANO



## La verdad del Llano

**La colonización en la Orinoquia colombiana. Arauca (1900-1980)**

Germán Hislen Giraldo Castaño  
Ediciones Antropos, Bogotá, 2006,  
217 págs., il.

Este libro y otros de similar importancia, que estudian desde el punto de vista social las regiones colombianas periféricas, tradicionalmente desatendidas por el gobierno central, además del documento histórico sustentado en serias investigacio-